

1

La música estuvo presente, siempre.

Fue la música —Puccini, para ser más precisos— la que hizo coincidir por primera vez las órbitas de mis abuelos, hace más de cien años. Era una tarde inusitadamente cálida de principios de primavera, en el mayor jardín municipal de Hannover, el Grosse Garten. Mi abuela, Henriette Furst, estaba dando su habitual paseo de los domingos entre las filas de ordenados parteres y los cuidados céspedes tan queridos por los prusianos de ciudad. A sus veinticinco años, era un claro ejemplo de teutona saludable: Jette, como la conocía todo el mundo, medía un metro ochenta y era de complexión robusta. Caminaba por el parque sin esa gracia femenina que se suponía a las damas de su clase. En lugar de avanzar con pasitos ligeros cogida del brazo de un admirador, Jette daba briosas zancadas sobre los senderos de grava, sola, demasiado concentrada en disfrutar del día como para preocuparse por el espectáculo, tan impropio de una damisela, que ofrecía. En lugar de comprimir su considerable organismo en los poliones y corsés que constreñían a las damas de gesto serio a las que adelantaba sin mucho esfuerzo, Jette prefería vestidos holgados que envolvían su voluminosa figura como toldos coloridos. Avanzaba a saltitos, meneando de un modo fluido y teatral sus faldas, dejando atrás a todas esas mujeres rígidamente moldeadas que caminaban con dificultad.

Y entonces, al pasar junto a una pared de alheñas podadas, una canción se deslizó desde detrás de los setos. El cantante era un

hombre: su voz, tan clara y pura como una campana recién bruñida, cayó sobre Jette como una ducha de jazmín. Se detuvo, paralizada por la sencilla belleza de la melodía. Jette podía oír esperanza y encanto en cada sílaba, aunque no entendía ni una palabra de italiano. Incapaz de alejarse de allí, sola junto al seto de alheña, el acto de escuchar le resultó de una intimidad fascinante. El cantante invisible parecía estar susurrándole al oído, actuando para ella sola.

La voz que había interrumpido el paseo vespertino de Jette pertenecía a mi abuelo, Frederick Meisenheimer. De hecho, la intuición de mi abuela era correcta: estaba cantando solo para ella. Frederick había estado esperando a Jette mientras daba una vuelta al sendero. Cuando pasó junto al seto, se escondió detrás, cruzó los dedos y empezó a cantar.

No era una actuación espontánea. Frederick llevaba varios domingos seguidos observando los paseos de Jette por el Grosse Garten, fascinado ante su tamaño inusual. En los intervalos que transcurrían entre aquellas deliciosas visiones semanales, mi abuelo se preguntaba cómo podría atraer la atención de esa muchacha. Finalmente, decidió tenderle una emboscada con un aria, *Che gelida manina*, de la ópera de Puccini *La Bohème*. El primer verso se puede traducir por «Tu manita está helada» —no muy adecuado, dado que las manos de Jette no eran, ni en la apreciación más generosa, pequeñas; además, las tenía sudorosas, debido a la cálida temperatura, tan poco común en aquella época del año—. Sin embargo, Frederick sabía lo que se hacía. Cuando terminó su canción, salió de detrás del seto y plantó un revoltijo de lupinos, dalias y pensamientos en las manos (grandes y sudadas) de Jette. Para entonces mi abuela, atrapada de lleno en el punto de mira de la espléndida melodía de Puccini, estaba indefensa.

Frederick no parecía el tipo de hombre dado a esas triquiñuelas. Si se están imaginando a un pretendiente engolado y atractivo, quítenselo de la cabeza. Físicamente, Jette y él hacían buena pareja, en la medida en que ninguno de los dos se ajustaba a los modelos imperantes, y a ninguno de los dos le importaba

demasiado. Él también era enorme, en todos los sentidos: unos cinco centímetros más alto que Jette, poseía una panza fofa de dimensiones heroicas que no se preocupaba en ocultar. Ondas de un espeso cabello rojo recorrían su cabeza. En lugar del remilgado bigote tan del gusto de la mayoría de los hombres de Hannover, llevaba una magnífica barba pelirroja que brotaba en sus mejillas con una caótica exuberancia.

Durante las semanas que siguieron, Frederick y Jette se vieron todas las tardes de domingo junto al mismo seto de alheña. Paseaban juntos por el parque, entre fuentes y cascadas. Cada cierto tiempo, Frederick se apartaba un paso de Jette y se ponía a cantar. La rondaba con Mascagni, Verdi, Donizetti y Giordano. Era un teatrero sin remedio, y representaba cada canción como si le fuera la vida en ello. Pasaba de campesino siciliano loco de amor a exaltado revolucionario francés en apenas un suspiro. Su histrionismo provocaba miradas torvas en los otros transeúntes, pues sus plácidos paseos de domingo se veían perturbados por aquel tonel lleno de canto, pero él los ignoraba a todos. Jette no tardó en aprender a hacer lo mismo. Con Frederick a su lado, el resto del mundo se retiraba a un insulso segundo plano.

Pronto, la joven pareja comenzó a vivir para sus paseos de los domingos, y los largos días entre medias se convirtieron en un mar grisáceo de tedio. Estos dos inadaptados voluminosos encontraron el uno en el otro un refugio frente al océano picado e implacable que los arrastraba, infelices, a la deriva. Frederick estaba embelesado ante el corpulento encanto de Jette. Daba gracias porque hubiera tanta cantidad de ella para venerar. Y Jette correspondía a su amor. Adoraba los versos que le cantó la primera vez desde detrás del seto de alheña:

*Per sogni e per chimere
e per Castelli in aria,
l'anima ho millonaria.*

(Por sueños y quimeras
y por castillos en el aire
el alma tengo millonaria.)

La capacidad de Frederick para soñar era lo que más había encandilado a Jette. Cuando estaba con él, todo era posible.

2

Al menos, *casi* todo era posible. Porque ni siquiera los considerables, aunque poco ortodoxos, atractivos de Frederick fueron suficientes para ganarse a la madre de Jette.

El esnobismo corría a sus anchas por las venas de Brigitte Furst, y consideraba las perspectivas de matrimonio de su hija como el medio para que su familia ascendiese al estrato más refinado de la sociedad hannoveriana.

Brigitte había elegido con mucho cuidado a su propio marido. Elias Furst no poseía el aspecto gallardo ni el atractivo de sus otros pretendientes, pero aquello fue lo que le gustó de él. Sabía que un hombre sobrecargado de cualidades propias daría más problemas de los que merecía la pena. Elias era un abogado rico y trabajador, y eso ya era bastante bueno. Poco después de casarse, ante la insistencia de Brigitte, abandonó la práctica de la abogacía para hacerse juez. Desarrolló una habilidad para dictar sentencias políticamente inteligentes desde el estrado, y de cuando en cuando aceptaba pequeños sobornos para dejar ver que era un hombre razonable. No tardó en conseguir un ascenso. En términos generales, había demostrado ser un buen partido.

Brigitte no tuvo tanta suerte con su hija. Al poco de que Jette cumpliera los dieciocho, Brigitte comenzó a realizar sondeos discretos en busca de potenciales pretendientes, pero mi abuela se negaba a sentarse y hacer ojitos ante los jóvenes que llamaban a su puerta. En lugar de eso, o se burlaba de ellos o los ignoraba, dependiendo de su humor. No tardó en correrse la voz de su

grosero proceder. Los jovencitos de Hannover eran gente remilgada. Nadie quería arriesgar su dignidad dejándola en manos de una jovencita precoz, sobre todo una que no se ajustaba a los patrones corrientes de belleza femenina. Los hombres querían que sus esposas fueran escuálidas y frágiles. Las mujeres solo necesitaban tener la fuerza suficiente para levantar tazas de porcelana hasta sus delicados labios, pero Jette parecía capaz de recorrer trotando los Alpes con una oveja sobre sus espaldas. Los caballeros dejaron de llamar.

Brigitte nunca perdonó a Jette por arruinar sus planes. Se refugió tras la altanera frialdad de las clases altas prusianas, esas de las que con tanto ardor aspiraba a formar parte, y mantuvo la denodada esperanza de que algún día se presentara un buen partido para esa cabra loca testaruda que tenía por hija.

Fue una larga espera. Para cuando Frederick rondó a Jette desde detrás del seto de alheña, Brigitte había abandonado cualquier esperanza de casarla, pero todavía ponía condiciones. Y resultó evidente, tras entrevistarse a solas con Frederick, que el muchacho no las cumplía. En vez de ser el vástago acaudalado de una de las grandes familias locales, era huérfano. Trabajaba de subalterno en un pequeño banco. No tenía dinero, ni familia, ni futuro.

Consternada tanto por la falta de pedigrí de Frederick, como por su afable insensatez, Brigitte informó con vehemencia a Jette de que le prohibía volver a verlo —lo cual demuestra que no conocía demasiado bien a su hija—. Si acaso, aquello solo consiguió que Jette estuviera más resuelta si cabe en su decisión de amar a Frederick.

La joven pareja siguió quedando, lejos de la amarga mirada de Brigitte. Las calles y los parques de la ciudad se convirtieron en el telón de fondo de su historia de amor. Daban largos paseos, perdían el tiempo en cafés y visitaron cada museo de la ciudad varias veces. Jette regresaba a casa helada por el viento gélido del norte, pero resplandeciente con el recuerdo del roce de Frederick y el susurro de sus galanterías todavía caliente en sus oídos.

Negada la posibilidad de llevar un romance convencional, Frederick y Jette tenían pocos motivos para cumplir con la

ortodoxia social que habría regido un noviazgo más tradicional. Con el paso de los meses, la pasión que sentían era demasiado grande para contenerla en el espacio público en el que había florecido. Pero Frederick vivía en una casa de huéspedes solo para hombres, y el portero con cara avinagrada que hacía guardia en las escaleras que llevaban a las habitaciones de los inquilinos daría su vida antes de permitir que una mujer entrase en sus dominios. La casa de Jette, obviamente, era algo impensable. Por eso Frederick convenció a su mejor amigo, Andreas, para que les prestara su apartamento.

Andreas vivía encima de una farmacia. Un repiqueteo interminable de toses roncadas ascendía del local mientras los clientes hacían cola para comprar sus medicinas, un himno diabólico de los indispuestos. En aquel pequeño cuarto fue donde por primera vez Frederick y Jette se desabrocharon con torpeza sus ropas, con dedos entumecidos de excitación y temor. Fue allí donde aquel par de cuerpos enormes rodó por primera vez en un jubiloso abandono, un exceso celestial de carne, mientras la pequeña cama se combaba, a punto de hundirse bajo su peso. En aquel cuarto se conocieron de nuevo y, encantados con el descubrimiento, se sumieron en largas tardes de dicha privada. Y fue allí, una tarde del otoño de 1903, donde Jette se quedó embarazada.

Frederick recibió la noticia con júbilo. No solo lo desbordaba la alegría ante la idea de ser padre, también estaba convencido de que el embarazo conseguiría que la madre de Jette diera su brazo a torcer y aceptara ese matrimonio que los dos tanto anhelaban. Jette, sin embargo, era más sensata. Quién sabe qué tipo de cólera materna caería sobre ellos cuando Brigitte descubriera que su hija llevaba en el vientre al hijo bastardo de un hombre al que despreciaba. Convenció a Frederick para que esperaran un poco antes de anunciar la noticia —aunque no tenía ni idea de qué era lo que estaban esperando—. Al menos, el tiempo estaba de su parte; el tamaño de Jette y su gusto por las ropas holgadas significaban que podría ocultar su estado durante meses sin levantar sospechas.

Así que observaron y esperaron, paralizados ante la inevitable llegada del bebé. No se podía hacer nada, y nada hicieron. Sabían

que aquellos meses eran un definitivo colofón de paz antes de que la inoportuna atención del mundo exterior irrumpiera en su felicidad privada.

Al final, como era de esperar, fue la madre de Jette quien lo destapó todo.

Frederick poseía una fina voz para el canto, y actuaba siempre que podía en las cervecerías de la ciudad. Una tarde, a principios del verano de 1904, se encontraba dando un recital en una posada en el barrio de Nordstat. La mayoría de los clientes del local, como de costumbre, hacían lo posible por ignorar a ese gordo que, junto al piano, se desgañitaba cantando. Estaba en medio de una animada aria de Rossini cuando Jette entró en el local. Llevaba una pequeña maleta y un chal sobre los hombros. Los parroquianos la miraron. Las únicas mujeres que entraban sin compañía en una cervecería eran prostitutas o alcohólicas, pero resultaba evidente que Jette no pertenecía a ninguno de esos grupos. Estaba en el séptimo mes de embarazo, y el bebé le había hecho ganar algo de peso, hinchando sus tobillos e insuflando un rubor saludable en sus mejillas. Nada más alejado de las mujeres pálidas de facciones afiladas que recorrían las tabernas de la ciudad en busca de clientes, de una copa, o de ambas cosas.

Frederick dejó de cantar en cuanto la vio. Hubo un aplauso irónico al fondo del local.

—¡Jette! —la llamó, corriendo hasta donde se encontraba su amada—. ¿Qué sucede? ¿Por qué has venido? ¿Algo va mal?

—Lo sabe —dijo Jette.

—¿Tu *madre*? —preguntó Frederick, mirándola fijamente.

—Vino a mi cuarto a decirme algo, y entró sin llamar. Yo estaba desnuda, no pude girarme a tiempo.

—¿Y?

—Nunca había visto tanta ira —respondió Jette con voz apagada—. Tanto odio.

—Se calmará. Es tu madre, te quiere.

—No lo entiendes, cariño —dijo Jette, meneando la cabeza con tristeza—. No sabes lo que le he hecho. Me ha dicho que era como si le hubiera clavado un puñal en el corazón; que se iba a morir de vergüenza.

—Pero es su *nieto* —protestó Frederick.

—No. Esto no es una nueva vida, no para ella —dijo Jette, acariciando su barriga—. Por lo que a ella respecta, esto es el final de todo. El apellido de la familia está hundido, ¿no lo ves? Jamás me perdonará.

—Cuando vea al bebé, cambiaré de opinión —dijo Frederick, pasando un brazo sobre su hombro.

—Nunca verá al bebé —repuso Jette en voz baja.

—No digas eso.

—Frederick, amor mío, tú no has oído las palabras que salieron de su boca. —Jette se estremeció—. Unas palabras horribles. —Sus ojos se llenaron de lágrimas pero las contuvo pestañeando antes de que pudieran caer—. Nuestra vida aquí ha terminado.

—¿Terminado? ¿A qué te refieres?

—Tenemos que irnos, Frederick.

—¿Irnos? ¿Por qué?

Jette suspiró.

—Mi madre nunca nos dejará en paz. Te perseguirá y me atemorizará. Solo Dios sabe de lo que es capaz. Hará de nuestras vidas una miseria, te lo aseguro.

—Bueno, supongo que tienes razón —dijo Frederick, mirándola—. ¿Qué propones? ¿Adónde iremos?

Jette permaneció en silencio unos instantes antes de hablar.

—Había pensado en América, tal vez.

Que ambos pudieran recordar, fue la primera vez que Frederick se quedó sin palabras.

—Hay un barco que sale de Bremen mañana —añadió Jette. Finalmente, Frederick consiguió decir algo:

—América —pronunció con voz ronca.

—La tierra de los libres.

Frederick se pasó una mano preocupada por el cabello.

—¿Tenemos que irnos tan lejos?

—Si mi madre no quiere volver a verme, que se cumplan sus deseos.

Permanecieron en silencio por un momento.

—¿Y qué pasa con todo esto? —dijo Frederick, señalando a su alrededor.

—¿Tus cervecerías?

—No solo eso. Hannover es el único sitio que conozco. Nunca he vivido en otro lugar.

Jette miró a su alrededor, con una máscara de pesar sobre su rostro.

—Yo tampoco —dijo—. Pero ya es hora de empezar de cero. Por nosotros, y por el bebé.

—¿Cómo vamos a pagar todo esto, Jette? No tengo mucho...

Jette se agachó y rebuscó en la maleta que tenía a sus pies. Sacó un disco dorado entre sus dedos.

—¿Eso es una medalla? —preguntó Frederick.

Jette asintió.

—El Kaiser se la concedió a mi abuelo. Fue el mismísimo Kaiser quien se la colgó en el pecho.

—¿Por qué?

—Mi abuelo era comandante de infantería durante la guerra contra los franceses.

—Nunca me lo habías contado.

—No me gusta hablar de él. No fue un buen hombre. Ordenó la masacre de cientos de soldados franceses en Spicheren que, en ese momento, estaban intentando rendirse. Por supuesto, eso ya no le importa a nadie. Él ganó, es todo lo que cuenta. —Jette hizo una pausa—. Cuando avanzó la guerra, empezó a usar un globo aerostático durante las batallas, amarrado al suelo. Desde el aire, podía seguir mejor el combate y gritaba instrucciones al puesto de mando, más abajo.

—Inteligente —comentó Frederick.

—No del todo. Un día la cuerda se soltó, y nadie se dio cuenta. Por desgracia para mi abuelo, el viento soplaba en la mala dirección. El globo se dirigió al territorio enemigo. Los franceses lo

siguieron, pues sabían quién iba en él. No se habían olvidado de lo que hizo.

Frederick dio vueltas a la medalla, pensativo. Era sorprendentemente pesada. En una cara, aparecía un águila blasonada. En la otra, el perfil del Kaiser y una fecha: 1870 —el año de la masacre de Spichenen—. Incluso sin saber su macabro origen, era una cosa repugnante, ostentosamente imperial, fuertemente impregnada de orgullo militar.

—¿De dónde la has sacado?

—Estaba en la caja fuerte de mis padres —respondió Jette—. La he robado.

Frederick la miró, horrorizado.

—También cogí todo el dinero que había —añadió—. Tenemos suficiente para el viaje. Pero quería la medalla, también, por si surgía alguna emergencia. —Su aspecto era muy serio—. Además, así al menos mi madre lamentará que me haya ido. Echará de menos la medalla, aunque no me eche de menos a mí.

—Jette, ¿qué has hecho? Tu padre es juez. Conoce al jefe de la Policía. En cuanto descubran lo que has hecho, nos arrestarán.

Jette meneó la cabeza.

—No a su propia hija.

—Bueno, ese es el problema. Está claro que a ti no te culparán. Dirán que fui yo quién te obligó.

Jette se lo tomó como una ofensa.

—¡Pero si fue idea mía!

—Cariño, estás de siete meses. Dirán que todo eso solo demuestra lo mucho que te he engatusado. Te he seducido, te he deshonrado, y ahora te he obligado a robar a tus propios padres. ¿No ves lo sinvergüenza que soy?

—No pienso devolverlo —dijo Jette, desafiante.

—En ese caso, creo que no tenemos muchas opciones. —Frederick suspiró—. América, pues.